

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

### PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y LAS LETRAS CENTROAMERICANAS CONTEMPORANEAS

**P**EDRO Henríquez Ureña reside desde 1924 en Argentina. Hace clases en la Universidad de la Plata (filología castellana y literatura de Europa septentrional), en el Colegio Nacional dependiente de esa Universidad, y en Buenos Aires, en el Instituto Nacional del profesorado secundario (equivalente a nuestro Pedagógico).

Además es secretario del Instituto de Filología, de la Universidad de Buenos Aires. (Director es Amado Alonso, joven catedrático español, autor de recientes e interesantes *Problemas de dialectología*. Otros hombres de valer, en ese Instituto son: Eleuterio Tiscornia, Angel Rosenblat, Jorge Furt, Augusto Cortina y un muchacho de porvenir, Raimundo Lida).

Hijo de la escritora Salomé Ureña y hermano de otro escritor, Max (el autor de *El ocaso del dogmatismo literario* y de *El retorno de los galeones*), Pedro Henríquez Ureña nació en Santo Domingo en 1884. Ha vivido en su isla natal hasta 1901; en Nueva York, de 1901 a 1904 y de 1914 a 1916; en Cuba, de 1904 a 1905; en México, de 1906 a 1914 y de 1921 a 1924; en Minnesota, de 1916 a 1921, con un breve intervalo en Europa, especialmente en España (1919-1920); y en Argentina, desde 1924 hasta quién sabe cuándo.

El anuncio de su curso sobre clásicos de América, en el Colegio Libre de Estudios Superiores (Buenos Aires), me da pretexto para solicitar de él unos ratos de charla.

Hemos conversado mucho, dos veces en su casa (Ayacucho 890, Buenos Aires) y una en el Instituto de Filología.

P. Henríquez Ureña es un hombre de apariencia tranquila, moreno, de bigote negro, de hablar calmado, cultísimo.

«Los ojos de Pedro Henríquez Ureña—escribía hace 8 años Díez Canedo se posan sobre los objetos, al parecer distraídamente. Diríase que miran sin ver, mientras la palabra reposada del hombre va desarrollando una teoría o contando un sucedido, escudriñando un gusto o concretando un pormenor de erudición literaria. Luego nos asombra la claridad con que evoca en una conversación aquello ante lo cual pasó como si no lo viera. ¿Qué poder de captación tienen esos ojos a los que nunca asoma el esfuerzo por apresar la verdadera significación del mundo externo, para dejar impresionada sin veladuras la película sensible de la mente?»

Aleación extraña y admirable de erudito, crítico y artista.

Es uno de los pocos hombres que colaboran en revistas tan sabiamente graves como *Humanidades*, de La Plata, y al mismo tiempo en publicaciones juveniles, de avanzada, como la desaparecida *Valoraciones*.

Gran conocedor de América, preocupado de «nuestra expresión», tiene fe en Hispanoamérica: «Si las artes y las letras no se apagan—dijo en 1926—, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español.»

Hombre metódico, preocupado de «temas esenciales» y que no escribe sino cuando tiene que decir, su lista de obras no es demasiado larga.

Su tragedia *El nacimiento de Dionisos* la escribió en México, en 1908, en una época en que él y sus amigos vivían «entregados a la pasión de Grecia». Pero no se publicó aparte sino en 1916, en Nueva York. *El nacimiento de Dionisos* —opinó entonces Rodó—es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana.»

Su estada en España, vinculado estrechamente al grupo de Menéndez Pidal, fué muy beneficiosa. Dió los últimos toques y publicó, con prólogo de Menéndez Pidal, *La versificación irregular en la poesía castellana* (Madrid, 1920); editó selecciones de obras clásicas, como un excelente voluminito de Teatro castellano moderno (siglos 18, 19 y 20), que recomiendo a los profesores de Chile amigos míos; estudió mucho, y regresó a América con el material de *En la orilla: Mi España* (México, 1922), viajes, fantasías y estudios.

A propósito de *La versificación irregular*, dice Menéndez Pidal, en el prólogo, que en ese libro se «ha organizado por primera

vez una vasta materia que comprende desde los orígenes medioevales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico y hasta la revolución contemporánea iniciada por Rubén Darío». Y Gonzalo Zaldumbide: «Cette oeuvre suppose des lectures innombrables, des recherches patientes, des ressources de discipline mentale, de rigueur logique, de curiosité bien guidée, de savoir organisé, auxquelles nous ne sommes pas accoutumés dans nos jeunes pays indolents».

Otras obras anteriores, suyas: *Horas de estudio*, ensayos sobre filosofía y literatura, París, 1910; *Tablas cronológicas de la Literatura española*, México, 1913; segunda edición, modificada, Nueva York, 1920; *La Literatura dominicana*, estudio sobre la época colonial, París, 1917.

En Argentina...; pero, antes, que Alfonso Reyes recuerde la influencia de Pedro Henríquez Ureña en México: «...Era más honda, más actual, la influencia socrática de Henríquez Ureña... Enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia... No hay entre nosotros (en México) ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó».

En Argentina—La Plata y Buenos Aires—, ha continuado enseñando «a ver, a oír, a pensar».

Y ahora, un punto de interés escolar, en que, por encima de las fronteras, se dan la mano, Martí Alpera, José María Monner Sans, Max. Henríquez Ureña, Eduardo Solar Correa, César Bunster, Roberto Giusti, Pedro Henríquez Ureña.

«¿Cómo habremos de enseñar literatura en nuestras escuelas secundarias? Del único modo posible: poniendo al estudiante en contacto con grandes obras».

Conforme a ese criterio, ha publicado en Buenos Aires (casa Kapelusz, B. Mitre 1244), en colaboración con Narciso Binaján, una obrita que debieran conocer todos nuestros profesores de castellano, primer ciclo: *El Libro del Idioma*; y sin colaboración, su hermosa selección de *Cien de las mejores poesías castellanas* (1929, Kapelusz).

Otra obra publicada en Buenos Aires (1927, Babel), y, para mi gusto, la mejor de las suyas, es *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de la que ha dicho Jorge Luis Borges: «En este bienvenido libro se escriben observaciones y soluciones tan persuasivas, y en un estilo tan pudoroso de su esfuerzo, que el desprevenido lector puede incurrir en la tentación haragana de suponer que los procesos intelectuales publicados en él son también los suyos o no pudieron dejar de serlo algún día. Superior

cortesía de los escritores sin teatralidad es la de introducirnos a postular que ya conocíamos lo que acaban de revelarnos; alucinación halagüeña para el lector, que se siente inteligentísimo al leerlos. . . »

¿Proyectos?

Tiene muchos. Desde luego, una segunda edición, muy retocada, de la *Versificación irregular*; una segunda edición, aumentada, de sus *Seis ensayos*, y una Literatura hispanoamericana corta, un volumen, o dos, a lo más.

Su curso libre sobre (algunos) clásicos de América comprenderá, en 1931: Ruiz de Alarcón, el Inca Garcilaso, Bernardo de Valbuena como poeta de América, Sor Juana Inés de la Cruz, Landivar, Bello, Olmedo, Heredia. (Lista completamente independiente de la de clásicos de América que, seleccionados por P. Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, editará en Madrid la C. I. A. P.).

Hemos conversado de literatura chilena. De todos los hombres de letras que he tratado entre Buenos Aires y Montevideo, Pedro Henríquez Ureña es el que más conoce nuestras letras. Y se interesa por ellas. De los libros que yo traía, alcanzó a leer *Zurzulita*, de Latorre, y *El delincuente*, de Rojas. Y al devolvérmelos, me dió, oralmente, una impresión muy acertada sobre sus autores.

Y al pedirle yo una especie de panorama literario desde el modernismo acá, en algunos países centroamericanos, él ha ido escribiendo, delante de mí, sin apelar a otra documentación que su memoria, las notas que siguen:

(*Cuba y Santo Domingo*). «En mis Antillas natales, no es éste un momento de esplendor literario. Sin embargo, las curvas de ascensión y descenso de las tres Antillas españolas—Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico—no coinciden. Por ejemplo, Santo Domingo se halla en curva de descenso: su ascensión fué de 1873 a 1910 (es la época en que se producen el *Enriquillo* de Galván, los libros de Emiliano Tejera, la poesía de José Joaquín Pérez y Salomé Ureña, de los Deligne y Pellerano Castro, los mejores trabajos de Lugo, Cestero y García Godoy), y poco después comienza el descenso. Hay, sin embargo, manifestaciones interesantes, como la poesía de los «postumistas» Moreno Jiménez y Andrés Avelino, como la obra folklórica de Ramón Emilio Jiménez. En cambio, Cuba que se mantiene en alto nivel durante el siglo XIX—1813 a 1896—, comenzando precisamente cuando termina la gran cultura colonial de Santo Domingo, cuyos emigrados van a dar impulso a la gran Antilla, sufrió un descenso entre 1896 y 1914. Hacia 1910, con la

Sociedad de Conferencias, comienza una nueva y lenta curva ascendente, que espero seguirá en ascenso, porque hay todavía pocas obras esenciales dentro del movimiento nuevo.

Entre 1880 y 1896, la literatura tiene en Cuba gran esplendor, con Martí, Casal, Varona, Borrero, Sanguily. Hechos importantes: la revista de Varona y Borrero; las *Hojas* de Sanguily; las campañas de Martí, esparcidas por toda América; el comienzo del movimiento *modernista*. Este comienzo podría fijarse—para toda América—en 1882, fecha del poema *Ismaciello*, de Martí; Martí es decididamente el primer gran rebelde contra la fatiga, contra la prolongación inútil del estilo romántico, inexpresivo a fuerza de repetición de sus fórmulas; pero Martí es demasiado personal e imprevisible para ser jefe de escuela: para que se forme una *escuela*, hacen falta fórmulas fáciles de comprender y de copiar. Eso no quiere decir que un jefe de escuela sea artista inferior al independiente; pero son distintos. Yo no creo que Wagner, por ejemplo, sea menor artista que Musorgski; pero sé que a Wagner se le copian los procedimientos con más facilidad que a Musorgski. Wagner lo presentía cuando, aconsejaba: «No imitar a nadie, y menos que a nadie, a mí». Martí, además, conocía extraordinariamente el idioma, y resultaba difícil, para quienes lo conociesen poco (era y es caso general), comprender sus procedimientos. Casal, en cambio, estaba más «dentro de la corriente» en el movimiento *modernista*. Las bases de lo que se llamó el *estilo modernista* las sentaron Casal, Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, cuyas *Prosas profanas* vinieron a ser como manual y compendio.

Casal muere en 1893; Martí, en 1895; dos jóvenes discípulos de Casal mueren en 1895 y 1896. Caso curioso: el movimiento modernista, nacido en Cuba, se apaga allí, mientras en el resto de América va en aumento. Viene entonces un período gris: la nueva generación que debía entrar en actividad en 1898, con la independencia, había sido víctima de los años de guerra y emigración; llegaba sin preparación a la cultura, y produjo cosas mediocres. Única excepción importante: Jesús Castellanos, cuentista y ensayista. Fundó la Sociedad de Conferencias, con mi hermano Max. Henríquez Ureña, que ha vivido en Cuba de 1904 a 1930. (Hoy está al frente de la instrucción pública en Santo Domingo).

De 1898 a 1914, Cuba subsiste en el mapa literario, no por obra de los jóvenes, sino de los hombres maduros y de los viejos, como el maravilloso Enrique José Varona, en quien cada año agrega una gota más de sabiduría acendrada.

Pero entre 1910 y 1914 empezó a constituirse una nueva ju-

ventud, con mejores bases que la generación anterior. El poeta Agustín Acosta, que comenzó antes, iba creciendo espiritualmente: hoy es un poeta de gran significación, que pinta la moderna tragedia económica y política de Cuba en su *Zafra*. Poeta de notas delicadas, finas, con temblor de emoción bajo sus formas nuevas, es Mariano Brull. Ensayista sutil, de inteligencia singular, Francisco José Castellanos, que murió muy joven. Crítico de gran erudición, cuya obra resulta más corta de lo que esperábamos, es José María Chacón. Y después, un grupo valioso, el que fundó la *Revista de avance* 1927, 1926, 1929, 1930...: al frente están Jorge Mañach, Juan Marinello, Félix Lizaso, Francisco Ichaso. No son todos. Hay más, como la ingeniosa poetisa María Villar Buceta. Hay revistas como *Social*, gran acierto de ligereza y gusto.

En Santo Domingo apenas hubo movimiento modernista: hasta principios del siglo XX, mi país era un admirable país arcaico. ¡Yo he nacido (1884) en una ciudad amurallada, con murallas en parte del siglo XV! El modernismo no escandalizaba (yo recuerdo que en mi casa se comentaban con el mismo interés la canción *A las ruinas de Itálica* que los últimos versos de Darío), pero no incitaba excesos. Hacia 1895, con todo, Fabio Fiallo, poeta delicado, divulgaba la nueva poesía y la nueva prosa en su revista *El Hogar*. Y había mucha novedad de expresión en Pellerano Castro, autor de *Criollas*, en los hermanos Deligne: uno de ellos, Rafael, admirable prosista y buen poeta; el otro, Gastón, poeta de gran originalidad, de alta inteligencia, sus poemas *Aniquilamiento*, *En el botado*, *Del patíbulo*, *Ololoy*, son de lo más cargado de sentido en la poesía de América.

(México). México, de la época modernista para acá, ha tenido altibajos, pero se ha mantenido en alto nivel. Gutiérrez Nájera fué un sorprendente iniciador, que rehizo el verso y la prosa; en esto es poco conocido, y, sin embargo, fué quien mejor se apartó del «párrafo de editorial». para iniciar un estilo sin «espíritu de pesadez», que iba desde las arquitecturas pintorescas a lo Paul de Saint-Victor (en eso tuvo secuaces como el brillantísimo orador Orueta) hasta las frases cortas, balbucientes, que anunciaban a Azorín.

Aquel grupo tuvo un gran maestro, Justo Sierra. Entre muchas cosas admirables, Justo Sierra produjo el libro que considero más importante de aquel país: *La evolución política de México*, obra que desgraciadamente está sepulta en una especie de enorme misal en tres tomos, con trabajos de diversos autores, que lleva el título de *México: su evolución social*.

Junto a Gutiérrez Nájera florecían poetas de calidad, moder-

nos, pero no modernistas: Díaz Mirón, que fué muy conocido en América por sus ruidosas poesías románticas, pero no por sus depuradas y torturadas *Lascas*; Manuel José Othón, intenso y rico en imágenes.

En el modernismo figuraron Urbina, a quien se deben notas de gran pureza; Nervo, sobrado conocido; Francisco A. Icaza, el poeta y erudito; Tablada, que representó con brillo la extrema izquierda y después ha seguido avanzando con los tiempos.

Cuando terminaba la época modernista, aparece la generación del Ateneo, que ha producido tres figuras bien conocidas en las letras—Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes,—junto a otras figuras como los arquitectos Acevedo y Mariscal, el músico Ponce, el pintor Diego Rivera, que desde 1921 — con su obra y la de quienes toman ejemplo de él—ha colocado a México en el pri plano del arte contemporáneo. Del Ateneo, el hombre de letras típico es Alfonso Reyes, poeta de cosas admirables como *La tonada de la sierra enemiga*, y prosista de muy varios dones: paisajista en la *Visión de Anáhuac*, narrador ingenioso en *El plano oblicuo*, libro que desde 1913 anuncia las audacias que después se «inventan» en París, o narrador hondo en *El testimonio de Juan Peña*, crítico sagaz, investigador erudito, ensayista sutil como quizás ningún otro en América. Del Ateneo es también, pero su importancia literaria es reciente, Martín Luis Guzmán, el autor de *El águila y la serpiente*, donde hay cuadros formidables.

Al Ateneo se sumó, recién llegado de la provincia, un gran poeta de la generación anterior, Enrique González Martínez.

El Ateneo funcionó de 1909 a 1914 (antes—1907 y 1908—había funcionado como «Sociedad de Conferencias»), y al terminar dejó fundada una Universidad Popular que duró diez años. Con miembros del Ateneo, por la mayor parte, se fundó la enseñanza superior de las humanidades en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad.

De la misma época, pero no del Ateneo, porque llegaron de las provincias a la capital cuando el Ateneo había terminado, son Ramón López Velarde, poeta de la vida criolla de México y prosista muy interesante, y Mariano Azuela, el novelista de *Los de abajo* y *La malhora*, hoy de reputación internacional.

Hacia 1920 se inicia una nueva generación que ha ido creciendo años tras años en importancia. Publican ahora, sus principales miembros, la revista *Contemporáneos*: Bernardo Ortíz de Montellano, Enrique González Rojo, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Gilberto Owen. Muy buenos poetas, y además

con obras en prosa muy interesantes, como *Margarita de Nicbla*, de Torres Bodet, *Novela como nube*, de Owen, *Returnticket*, de Novo, *Dama de corazones*, de Villaurrutia.

Junto a estas obras narrativas, hay que recordar el *Pero Galán*, de Jenaro Estrada, poeta y erudito además, y *Gente mexicana*, de Xavier Icaza.

El grupo «estridentista» cuenta con Maples Arce, que ha sido traducido al inglés por John dos Passos, y Germán Liszt Arzubide, que ha publicado narraciones de la Revolución muy interesantes, según me dicen: lamento no conocerlas».

---

Hasta aquí los apuntes de P. Henríquez Ureña.

En Cuba se podrían agregar (según hablamos más tarde por teléfono) Carlos Loveira y Alfonso Hernández Catá; y en México, algunos más, como Julio Torri, Carlos Pereyra y sobre todo María Enriqueta, como poetisa.—ALFONSO ESCUDERO, agustino.

A bordo del *Asturia*, Junio de 1931.

## ALGUNOS ASPECTOS DE LA LITERATURA FRANCESA CONTEMPORANEA

**ENTENDEREMOS** por movimiento contemporáneo el de post-guerra. No hay que olvidar, para comprenderlo bien, que, si el formidable suceso de 1914 revolucionó el mundo material, transformó también profundamente los espíritus, de modo que entre dos períodos al fin y al cabo muy próximos parece haberse abierto un abismo de varios siglos. Así se explica que este movimiento, por una parte, condujera al éxito muchas obras concebidas con anterioridad que no habían encontrado, sin embargo, un ambiente propicio, y por otra, engendrara toda una literatura variada y llena de resonancias nuevas.

Antes de la guerra, el naturalismo se moría lentamente. En reacción contra esta escuela, Paul Bourget escribía sus novelas psicológicas, reanudando así la gran tradición francesa y sosteniendo en ella graves tesis morales y sociales; Barrès exponía el culto de un yo egoísta y romántico; Anatole France, en un estilo purísimo, daba rienda suelta a una especie de fantasía intelectual enteramente llena de falsa cultura, de escepticismo sonriente, estéril, propio del hombre a quien la vida ha evitado